



10

Eucaristía

1. EL NOMBRE

Eucaristía, del griego «eujaristein», significa *acción de gracias*, indicando tanto el sentimiento interno de gratitud como su expresión externa (literalmente: buen comportamiento del agraciado). Es traducción del hebreo «berakah», que expresa la alabanza a Dios recordando sus acciones salvadoras. El término enlaza también con la acción de gracias de Jesús en la última cena. Referido a la totalidad del sacramento, encontramos ya este nombre en la *Didajé* (c. IX y X).

El Nuevo Testamento habla de *cena del Señor* (1 Cor 11, 20-33) y de *fracción del pan* (Hch 2, 42-46; 20, 7-11; 27, 35), ya que el acto siguiente a la acción de gracias era en las comidas judías el partir el pan.

Oblación, sacrificio y reunión (collecta) son otros nombres con los que primitivamente se designó a la eucaristía.

En oriente ha prevalecido la denominación de *liturgia* (servicio) y en occidente, desde el siglo IV, la de *misa*, derivada del latín *missa* (*despedida*).

2. EL SIMBOLO Y SU SIGNIFICADO

2.1. El *banquete o comida ritual* es algo que se da en múltiples religiones, aunque las características y finalidades sean diversas.

Hay banquetes sacramentales en los que se recibe la misma divinidad o fuerza sobrenatural al comer o beber alimentos sagrados (hierofagia). En las comidas sacrales, los participantes comen y beben juntos y así quedan unidos (banquetes de alianza). En otras ocasiones se come y bebe con la divinidad uniéndose a ella. También se dan, por último, comidas que se ofrecen a la misma divinidad.

La idea predominante es que quienes gustan de la misma comida se hacen participantes de la misma sangre y de la misma fuerza vital uniéndose de este modo entre sí por un vínculo sagrado. El alimento, sobre todo el más frecuente, como conservador y dador de vida vigorosa, tenía en la antigüedad un sentido sagrado, siendo los productos alimenticios (pan y carne) la materia de casi todos los sacrificios y ofrendas hechas a la divinidad. El *alimento*, como la *vida* misma, es don de Dios. El *cumplimiento de la*

voluntad divina, como algo que aumenta la vitalidad y la felicidad de los fieles, será comparado y relacionado con el alimento.

2.2. En el *Antiguo Testamento*, las comidas sagradas confirmaban la amistad entre los hombres o entre éstos y Dios. La comida pascual y la de las primicias eran un recuerdo del amor de Dios que velaba por los suyos. Alabanzas, cantos y bailes ambientaban el festín que se veía como un anticipo del banquete final que Dios ofrecerá a todo el mundo (Is 25, 6). El hambre y la sed, como símbolo del deseo profundo de plenitud y felicidad, hacen que la imagen de un banquete indescriptible, con sobreabundancia de manjares y vino, represente la plenitud de la vida y la completa felicidad, es decir, la satisfacción de todas las hambres.

Los concretos manjares de pan y vino tienen también un fuerte contenido simbólico. El cotidiano e imprescindible *pan equivale a la vida del hombre*. Dar pan es dar vida, dar de tu pan es dar tu vida. El *vino*, por su parte, expresa la *alegría* (Sal 104, 15) y la *felicidad* y, por tanto, la *amistad* y el amor de aquellos con quienes se bebe. El rojo color del vino tinto lo asemeja a la sangre, la vida, que sólo pertenece a Dios.

La palabra de Dios es, sin embargo, tan necesaria como el pan, puesto que el hombre no vive y es feliz sólo con éste (Dt 8, 3). No son los diversos frutos los que alimentan al hombre, sino la palabra de Dios (Sab 16, 26).

2.3.1. El *Nuevo Testamento* presenta a Jesús participando en comidas de distinto tipo (bodas u otras) que, en la interpretación de los evangelistas, prefiguraban el banquete final del reino (Jn 2, 1-12; Mt 11, 19). Asimismo se ponen en su boca varias parábolas de banquete (Mt 22, 1-13; 25, 1-13; Lc 14, 7-11) y también el Jesús pospascual se reúne con sus discípulos en comidas (Mc 16, 14; Lc 24, 30; 24, 41-43; Jn 21, 5-14).

Jesús manifiesta que su alimento es hacer la voluntad del Padre (Mt 4, 4; Jn 4, 31-34) y se presenta a sí mismo como el verdadero pan (Jn 6, 32-33; 7, 37), como auténtica palabra amistosa de Dios.



La última cena (s. XIII), Museo de arte de Cataluña, Barcelona

2.3.2. *La última cena* constituye la comida más importante de Jesús con sus discípulos. Se nos narra en cuatro textos del Nuevo Testamento (Mt 26, 26-29; Me 14, 22-25; Le 22, 15-20; 1 Cor 11, 23-26). Parece que proceden de dos tradiciones distintas: una helenista (Pablo-Lucas) y otra palestinense (Marcos-Mateo). Pablo da muestras de ser el más antiguo y Marcos el más semita. Juan, que no incluye las palabras de la institución, tal vez por la disciplina del arcano, alude implícitamente al tema en su multiplicación de los panes (Jn 6, 1-15) y en el discurso del pan de vida (Jn 6, 25-72). Durante la celebración pascual, narra el lavatorio de los pies presentando a Jesús ceñido y actuando como un siervo (Jn 13, 1-17).

Hoy se da prácticamente por probado que, a pesar de las diferencias de fecha entre los sinópticos y Juan, la cena de Jesús fue una cena pascual. Catorce razones encuentra el profesor J. Jeremías para demostrarlo.

El significado de la palabra «pascua» es discutido. La acepción de *salto* o *paso* es la más admitida. Se trataba de una fiesta nómada de primavera que, unida a la agrícola de los ázimos, conmemoraba la salida de Egipto (Ex 12, 43-51). El rito de celebración sufrió variantes, pero en tiempo de Jesús podía responder a la siguiente descripción:

Se sacrificaban en el templo los corderos cuya sangre se derramaba sobre el altar y por la noche, a hora desacostumbrada para los judíos, se cenaba por familias o en pequeños grupos.

a) Tras una primera copa de vino, se bendecía a Dios por la fiesta y por la copa.

Se servía sin pan el primer plato: legumbres, hierbas amargas y salsa haroset. Se comía lo servido.

Se sacaba el menú pascual: el cordero sacrificado, pan sin levadura tierno, hierbas amargas y haroset. También una segunda copa de vino.

b) Con esto en la mesa, alguien preguntaba: ¿por qué hacemos esto hoy?, y el presidente recitaba la explicación o narración de la salida de Egipto (haggadá) y el significado de cada manjar (Dios pasó las casas de los israelitas, fuimos liberados de Egipto, los egipcios nos amargaron la vida). Se terminaba la narración con salmos que destacaban la intervención de Dios liberando (Hallel).

Se bebía la segunda copa.

c) Oración del presidente sobre el pan ázimo.

Se partía el pan y se tomaba la comida recostados en señal de «no esclavitud».

Se servía una tercera copa de bendición (vino mezclado con agua) sobre la que se daba gracias por la comida pasándola de uno a otro para que todos bebieran.

d) Se servía la cuarta copa.

Se continuaban los salmos del Hallel.

Se recitaba la plegaria de alabanza sobre la cuarta copa.

Jesús debió pronunciar la fórmula explicativa del pan con ocasión de la plegaria que se recitaba antes de comenzar el plato principal: sólo en este momento se pronunciaba una oración de alabanza sobre el pan, ya que con el primer plato no se comía este producto. Del mismo modo, la fórmula sobre el vino tuvo que ser pronunciada en la acción de gracias que seguía a la comida (copa de bendición). Por consiguiente, Jesús se sirvió de las oraciones de antes y después del plato principal para pronunciar sus palabras explicativas sobre el pan y el vino.

El relato de la institución, como señala Pablo (1 Cor 15, 1s), manifiesta una gran antigüedad y debió transmitirse como tradición autónoma. Las variantes observadas entre las cuatro redacciones son fruto de una distinta evolución litúrgica que difuminó los rasgos de la pascua no usados en la liturgia.

En esencia se nos narra lo siguiente: el Señor Jesús, la noche en que Dios lo entregó, tomó pan, dio gracias, lo partió y dijo: tomad, este pan es mi carne. Este vino es mi sangre que en breve se va a derramar por todos los hombres como sello de la alianza. En adelante, no volveré a beber vino hasta que llegue el día en el reinado de Dios.

El sentido de la acción profética de Jesús (que tal vez no comió ni bebió nada durante la cena) recae no sobre el partir, sino sobre el pan y el vino mismos. *Jesús habla de sí mismo como cordero pascual sacrificado*, con su carne separada de su sangre, partido como el pan y ensangrentado como el vino tinto. Viene a decir: voy a la muerte como verdadera víctima pascual y *mi entrega tiene carácter expiatorio y sustitutivo* (descrito por Isaías en el poema del siervo). Para vosotros, la pascua tendrá un nuevo sentido: el de pedirle a Dios que se acuerde de mí para que llegue su reino y se cumpla todo.



Seguid congregándoos como comunidad salvífica, por medio del rito de la mesa, para pedir diariamente a Dios que se digne realizar pronto la consumación.

3. LA PRIMERA COMUNIDAD

En línea con lo anteriormente expuesto, la primitiva comunidad proclamaba las consecuencias de la muerte del Señor (1 Cor 11, 26; Jn 6, 51c-58) al estilo de los «credos» israelitas que enumeraban las acciones salvadoras de Dios.

La celebración de la comunidad no era tanto reproducción de la cena de pascua como continuación de la diaria comunidad de mesa entre Jesús y sus discípulos. Así se manifestaba su fe en la resurrección. Jesús está con nosotros hasta el final (Mt 28, 20). Por él se establecen unas relaciones nuevas y distintas con Dios, libres ya de la ley externa y movidos desde dentro por el mismo Espíritu de Jesús. La palabra de Dios presente en Jesús se convierte en alimento de vida. Los comensales quedan vinculados entre sí por su adhesión a Jesús como idéntica fuente de vida, por ser movidos por el mismo Espíritu, por haber sido bautizados en un mismo bautismo. Cuando los seguidores del Señor se reúnen en la asamblea eucarística hacen visible la iglesia. Comulgar con Cristo supone comprometerse como él a aceptar el papel de siervos en favor de todos.

2. LA HISTORIA DEL RITO

Las variantes en los ritos y oraciones que encuadran las palabras eucarísticas de Jesús han sido incontables. Nos limitaremos a señalar algunos cambios o hechos cuyo conocimiento parece conveniente hoy.

En la primitiva iglesia, sólo por indicios podemos reconstruir a grandes rasgos los componentes de la celebración. *En un principio, y a ejemplo de la cena pascual, el rito del pan precedía a una comida y el del vino la seguía. Sin embargo, a mediados del siglo II, el cuadro es ya distinto: las dos acciones eucarísticas están unidas y son independientes de la comida, que recibe entonces el nombre de «ágape».* Con relación a esta comida, varía el puesto de la celebración eucarística: unas veces la sigue, otras la precede y otras se celebra completamente separada en la mañana del domingo facilitando su recepción en ayunas y la asistencia al trabajo, puesto que este día no era entonces festivo. La *Didagé* parece hablar de un ágape seguido de eucaristía y los Hechos sugieren este esquema: a) enseñanza de los apóstoles, b) comunión de mesa, c) fracción del pan, d) oraciones. En los siglos II y III ya no se habla de comida.

Las comunidades primitivas, cuyos miembros por lo común eran pobres, no siempre dispondrían de vino. Algunas huellas literarias nos hacen sospechar que pudo haber celebraciones con el rito del pan solamente.

La eucaristía se celebraba principalmente el domingo con participación de toda la comunidad circundante y podía hacerse por la mañana, ya que, al no haber ya comida, no se

precisaba que fuese a la hora tradicional del banquete. La comunidad de mesa ha sido sustituida por una asamblea de oración. San Justino (hacia el año 150) nos presenta un nuevo elemento que servía de introducción: se leían las memorias de los apóstoles o los escritos de los profetas, a lo que seguían una alocución del presidente y una oración por los intereses generales. Así se adoptó la lectura de la palabra divina, como ya era tradicional en la práctica sinagoga judía. Nos lo cuenta en su *Apología* (I, 67):

Y el día que se llama del sol, en un mismo lugar se tiene una reunión de los que habitan en las ciudades o en los campos. Se leen públicamente las memorias de los apóstoles y los escritos de los profetas en cuanto el tiempo lo permite. Cuando cesa el lector, el presidente hace en un discurso una amonestación y exhortaciones a imitar estas bellas cosas. Luego nos levantamos todos y oramos juntos en alta voz. Después, como ya hemos dicho, cuando se termina la oración, se trae pan con vino y agua. El que preside hace subir al cielo, en cuanto puede, las oraciones y las eucaristías y todo el pueblo responde con la aclamación «Amén». Luego tiene lugar la distribución y repartición de estos alimentos eucaristizados, que son también llevados a los ausentes por los diáconos. Los que están en la abundancia y tienen voluntad dan lo que les place, cada uno por su propia elección. Y lo que se reúne se deposita cerca del presidente y... él se cuida de socorrer a todos los que se hallan en necesidad.

La Tradición apostólica de san Hipólito (hacia el 215) nos trae un formulario que debió considerarse como modelo:

El obispo, cuando se le han presentado los dones, extiende sobre ellos las manos y comienza: «El Señor esté con vosotros». Se contesta: «Y con tu espíritu». «Arriba los corazones». «Los tenemos ya junto al Señor». «Demos gracias al Señor». «Es digno y justo». Entonces prosigue el obispo: «Te damos gracias, ¡oh Dios!, por tu amado siervo, Jesucristo, al que nos enviaste en los últimos tiempos como salvador y redentor y mensajero de tus designios. El es tu palabra inseparable; por él has hecho todo y en ello te has complacido. Lo enviaste del cielo al seno de la Virgen, y llevado en el seno se hizo carne y se manifestó como tu Hijo, nacido del

Espíritu Santo y de la Virgen. Cumpliendo tu voluntad y adquiriéndote un pueblo santo, extendió las manos en el sufrimiento para rescatar del sufrimiento a los que creen en él. Y puesto que fue entregado al sufrimiento voluntario para desarmar a la muerte y romper las cadenas del diablo, para aplastar a los infiernos e iluminar a los justos, para plantar un mojón y anunciar la resurrección, tomó el pan y dándote gracias dijo: "Tomad y comed, éste es mi cuerpo que es fraccionado para vosotros". Igualmente tomó el cáliz diciendo: "Esta es mi sangre que es derramada por vosotros. Cuando hicieris esto, hacedlo en memoria mía". Recordando, pues, su muerte y su resurrección, te presentamos el pan y el cáliz, dándote gracias por habernos juzgado dignos de comparecer ante ti y de servirte. Y te rogamos envíes el Espíritu Santo sobre la oferta de la santa iglesia. Reuniéndola en la unidad, dignate otorgar a todos los santos que comulgan la plenitud del Espíritu Santo para fortalecimiento de la fe en la verdad, para que te alabemos y glorifiquemos por tu siervo, Jesucristo, por quien es dado honor y gloria a ti, Padre, y al Hijo con el Espíritu Santo, en tu santa iglesia, ahora y por toda la eternidad». «Amén».

Hasta el siglo IV, la eucaristía debió de celebrarse homogéneamente conforme a este plan en toda la cristiandad, aun cuando en los detalles y en el modo de formular la oración se dejara gran libertad al celebrante. Fue un período de improvisación litúrgica.

Para la celebración, que en principio se realizó en una casa normal, el aumento del número de participantes requirió la búsqueda de locales más capaces: las casas de la iglesia.

Estas tenían distinta función, significado y arquitectura que los templos. Tal vez tuvieron algo que ver en el desarrollo de la arquitectura basilical, pero no eran «casas de Dios», ni tenían altares, sino una pequeña mesa portátil de madera para la celebración. Los cristianos de los tres primeros siglos tenían cierta alergia a todo lo que pudiera parecerse a los templos. Tertuliano se expresa así: «En cuanto a los templos y monumentos, los detestamos igualmente; no conocemos ninguna clase de altar... no ofrecemos sacrificios» (*De spectaculis*, 13). Con el tiempo, el nombre del contenido (iglesia) pasó al continente, pero «no es al local al que yo llamo iglesia, sino a la asamblea de los elegidos», nos dice Clemente de Alejandría hacia el año 200. Posteriormente, se convertirían en lugar sagrado y casa de Dios adoptando la terminología y el estilo de los templos paganos. Así, la idea de sacrificio, poco evidente en una comida, cobraba mayor relieve. Se observa una mentalidad religiosa más que específicamente cristiana en toda esta evolución.

A partir del siglo IV, y sobre la base del esquema anteriormente expuesto, comienza una diferenciación en las ceremonias según los países y culturas. Es un período de creación de formularios. Las liturgias orientales, con gran exuberancia de ceremonias y símbolos, resultaban más monótonas frente a la sencillez romana dotada de más variación al formarse el ciclo litúrgico anual.

Por este tiempo, la despedida («missa») de los numerosísimos catecúmenos antes de la eucaristía propiamente dicha debió influir en la denominación de todo el conjunto de la celebración. En san Ambrosio se encuentra ya la palabra «misa» con este sentido. Entre los siglos VIII y X desapareció el catecumenado.



San Martín celebra su misa (s. XIII). Museo de arte de Cataluña. Barcelona.

Desde el siglo VIII, se van suprimiendo las liturgias territoriales, se impone progresivamente el modelo romano y se generaliza la misa privada, multiplicándose con ello los altares en una misma iglesia. Los formularios escritos, de voluntario uso en un principio, se van tornando obligados dando origen a los misales. Entre los siglos XIII y XIV quedan fijadas las liturgias.

En 1570, Pío V, como consecuencia del concilio de Trento, fija oficialmente el misal romano y suprime otros modelos distintos. Posteriormente, Pío X, Pío XII y Juan XXIII (1960) introducen variaciones. En 1969, Pablo VI

pone en vigor el misal romano renovado según los presupuestos de la constitución *Sacrosanctum concilium* del Vaticano II. Con todo ello se pretende conseguir que la tradición de los santos padres sea algo más que un mero legado; que sea una tradición viva que se acomoda a una nueva situación.

5. LA COMUNION

Desde los inicios *hasta el siglo VIII*, los laicos podían darse la comunión incluso a la hora de la muerte y darla también a los enfermos. Se llevaban a casa parte del pan y del vino para consumirlos hasta la siguiente asamblea eucarística. Comulgaban todos los días y se recomendaba no tomar alimento antes de hacerlo.

En un principio, parece que cada uno, en la asamblea eucarística, tomaba de la mesa el pan. Más adelante, fue el presidente el encargado de ponerlo en las manos extendidas de los fieles. *Se comulga con pan y con vino hasta el siglo XIII*. A partir de esta época, se deja de hacerlo con vino, seguramente por razones de higiene, a pesar de los diversos métodos empleados para obviar esta dificultad (otro cáliz, cañita, cucharilla, inmixción, etc.). Como conclusión del Padrenuestro y preparación a la comunión, se da ya el beso de la paz en el siglo IV.

Pronto empieza a hacerse rara la comunión y el pan consagrado se convierte más en objeto de veneración que en comida. En el siglo VI era obligatorio comulgar en tres fiestas, pero el concilio IV de Letrán (1215) lo reduce a una comunión por pascua. Por entonces va desapareciendo la costumbre de dar la comunión a los niños recién bautizados.

Las controversias teológicas sobre la presencia real de Jesús en la eucaristía estuvieron en el origen de la elevación de la hostia tras la consagración para que los fieles pudiesen ver este milagro no perceptible. En similares causas tienen su fundamento la exposición del Santísimo y las procesiones con custodias. A los fieles se les prohíbe tocar por cualquier motivo el pan consagrado, que será en adelante repartido por los sacerdotes hasta las reformas ambientadas por el concilio Vaticano II.

6. LA MISA, EXPRESION DE COMPROMISO

Sin una fe actuante en la vida diaria no es posible que exista una verdadera participación activa en la celebración de la eucaristía. No se puede expresar lo que no se tiene. La eucaristía, como el resto de los sacramentos, no es un gesto convencional, sino un símbolo que brota de la propia experiencia. La comida compartida (pan y vino) expresa simbólicamente que se comparte la misma vida y la misma felicidad. Cuando los cristianos celebran la eucaristía, lo que deberían hacer es realizar el gesto que manifiesta que ellos comparten la misma vida de Jesús, realmente presente en este sacramento y, además, que comparten entre sí la misma vida



y la misma fuente de alegría para todos. Por tanto, tiene que haber precedido a todo esto la realidad de una vida compartida, solidaria, disponible. Carecer de ello es, según Pablo, «no celebrar la cena del Señor» (1 Cor 11, 17-33). El evangelio de Juan, narrándonos el lavatorio de los pies, quiere darnos el sentido profundo de la eucaristía: identificarnos con Jesús, siervo y solidario de los hombres, para ser factores de liberación. La construcción de un mundo solidario y justo está esencialmente relacionada con la celebración cristiana de la eucaristía.

Debido a la abundante reflexión teológica sobre este tema, son muchos los puntos importantes que aquí hemos de dejar de tratar y remitirnos simplemente a la bibliografía. La presencia real, la naturaleza sacrificial y la situación ecuménica en este punto son sólo algunos de ellos.

7. NORMATIVA DE LA IGLESIA CATOLICA

Dejando aparte lo reglamentado en materia específicamente litúrgica o ceremonial, incluimos aquí algunas normas vigentes hoy en relación con la eucaristía:

Can. El sacramento más augusta, en el que se

897 contiene, se ofrece y se recibe al mismo Cristo Nuestro Señor, es la santísima Eucaristía, por la que la iglesia vive y crece continuamente. El Sacrificio Eucarístico, memorial de la muerte y resurrección del Señor, en el cual se perpetúa a lo largo de los siglos el Sacrificio de la cruz, es el culmen y la fuente de todo el culto y de toda la vida cristiana, por el que se significa y realiza la unidad del pueblo de Dios y se lleva a término la edificación del cuerpo de Cristo. Así, pues, los demás sacramentos y todas las obras eclesiásticas de apostolado se unen estrechamente a la santísima Eucaristía y a ella se ordenan

Can. § 1. La celebración eucarística es una ac-

899 ción del mismo Cristo y de la iglesia, en la cual Cristo Nuestro Señor, sustancialmente presente bajo las especies del pan y del vino, por el ministerio del sacerdote se ofrece a sí mismo a Dios Padre y se da como alimento espiritual a los fieles unidos a su oblación.

§ 2. En la asamblea eucarística, presidida por el obispo, o por un presbítero bajo su autoridad, que actúan personificando a Cristo, el pueblo de Dios se reúne en unidad; y todos los fieles que asisten, tanto clérigos como laicos, concurren tomando parte activa, cada uno según su modo propio, de acuerdo con la diversidad de órdenes y de funciones litúrgicas.

§ 3. Ha de disponerse la celebración eucarística de manera que todos los que participen en ella perciban frutos abundantes, para cuya obtención Cristo Nuestro Señor instituyó el sacrificio eucarístico.

Can. § 1. Sólo el sacerdote válidamente orde-

900 nado es ministro capaz de confeccionar el sacramento de la Eucaristía, actuando en la persona de Cristo.

§ 2. Celebra lícitamente la Eucaristía el sacerdote no impedido por ley canónica, observando las prescripciones de los cánones que siguen.

Can. Los sacerdotes, teniendo siempre presente

904 que en el misterio del Sacrificio Eucarístico se realiza continuamente la obra de la redención, deben celebrarlo frecuentemente; es más, se recomienda encarecidamente la celebración diaria, la cual, aunque no pueda tenerse con asistencia de fieles, es una acción de Cristo y de la iglesia, en cuya realización los sacerdotes cumplen su principal ministerio.

Can. § 1. Son ministros ordinarios de la sagra-

910 da comunión el obispo, el presbítero y el diácono.

§ 2. Es ministro extraordinario de la sagrada comunión el acólito, o también otro fiel designado según el can. 230, § 3.

Can. Todo bautizado a quien el derecho no se lo

912 prohíba, puede y debe ser admitido a la sagrada comunión.

Can. § 1. Para que pueda administrarse la san-

913 tísima Eucaristía a los niños, se requiere que tengan suficiente conocimiento y hayan recibido una preparación cuidadosa, de manera que entiendan el misterio de Cristo en la medida de su capacidad, y puedan recibir el cuerpo del Señor con fe y devoción.

Can. Los padres en primer lugar, y quienes hacen

914 sus veces, así como también el párroco, tienen obligación de procurar que los niños que han llegado al uso de razón se preparen convenientemente y se nutran cuanto antes, previa confesión sacramental, con este alimento divino; corresponde también al párroco vigilar para que no reciban la santísima Eucaristía los niños que aún no hayan llegado al uso de razón, o a los que no juzgue suficientemente dispuestos.

Can. Quien tenga conciencia de hallarse en peca-

916 do grave, no celebre la Misa ni comulgue el cuerpo del Señor sin acudir antes a la confesión sacramental, a no ser que concurra un motivo grave y no haya oportunidad de confesarse; y, en este caso, tenga presente que está obligado a hacer un acto de contrición perfecta, que incluye el propósito de confesarse cuanto antes.

Can. Quien ya ha recibido la santísima Eucaristía

917 puede nuevo recibirla el mismo día solamente dentro de la celebración eucarística en la que participe, quedando a salvo lo que prescribe el canon 921, §2.

Can. § 1. Quien vaya a recibir la santísima

919 Eucaristía ha de abstenerse de tomar cualquier alimento y bebida al menos desde una hora antes de la sagrada comunión, a excepción sólo del agua y de las medicinas.

§ 2. El sacerdote que celebra la santísima Eucaristía dos o tres veces el mismo día puede tomar algo antes de la segunda o tercera Misa, aunque no medie el tiempo de una hora.

§ 3. Las personas de edad avanzada o enfermas, y asimismo quienes las cuidan, pueden recibir la santísima Eucaristía aunque hayan tomado algo en la hora inmediatamente anterior.

Can. § 1. El sacrosanto Sacrificio Eucarístico

924 se debe ofrecer con pan y vino, al cual se ha de mezclar un poco de agua.

§ 2. El pan ha de ser exclusivamente de trigo y hecho recientemente, de manera que no haya ningún peligro de corrupción.

§ 3. El vino debe ser natural, del fruto de la vid, y no corrompido.

Can. Adminístrese la sagrada comunión bajo la

925 sola especie del pan o, de acuerdo con la leyes litúrgicas, bajo las dos especies; en caso de necesidad, también bajo la sola especie del vino.

Can. Según la antigua tradición de la iglesia lati-

926 na, el sacerdote, dondequiera que celebre la Misa, debe hacerlo empleando pan ázimo.

Can. Al celebrar y administrar la Eucaristía, los

929 sacerdotes y los diáconos deben vestir los ornamentos sagrados prescritos por las rúbricas.

Can. Ante el sagrario en el que está reservada la

940 santísima Eucaristía ha de lucir constantemente una lámpara especial, con la que se indique y honre la presencia de Cristo.

Can. § 1. Según el uso aprobado de la iglesia,

945 todo sacerdote que celebra o concelebra la Misa puede recibir estipendio para que la aplique por una determinada intención.



§ 2. Se recomienda encarecidamente a los sacerdotes que celebren la Misa por las intenciones de los fieles, sobre todo de los necesitados, aunque no reciban ningún estipendio.

Código de Derecho Canónico. BAC, Madrid 1984.

BIBLIOGRAFIA

- A. G. Martimort, *La iglesia en oración*. Herder, Barcelona 1965, 287-292.
J. de Baciocchi, *La eucaristía*. Herder, Barcelona 1969.
Léon-Dufour, *Vocabulario de teología bíblica*. Herder, Barcelona 1965, en *Alianza, Alimento, Comida, Copa, Hambre y sed, Maná, Pan, Vino*.
J. Jeremias, *La última cena. Palabras de Jesús*. Cristiandad, Madrid 1980, 42-64; 88-92; 224-280.
J. Jeremias, *Teología del Nuevo Testamento*, I. Sigüeme, Salamanca 1974, 332-346.
Equipo «Facultad teológica de Toulouse», *La eucaristía en la biblia*. Verbo Divino, Estella 1981.
J. L. Espinel, *La cena del Señor, acción profética*. PPC/Edicabi, Madrid 1976.
J. Dupont, *Esto es mi cuerpo, ésta es mi sangre*: «Selecciones de Teología», I, n. 2 (1962).
Enciclopedia teológica *Sacramentum mundi*, en Año litúrgico, Eucaristía, Liturgia, Misa, Sacrificio.
«Concilium», n. 40 (1968): *La eucaristía, celebración de la presencia del Señor*, 172 (1982): *¿Es siempre oportuno celebrar la eucaristía?*
J. Solano, *Textos eucarísticos primitivos*. BAC, Madrid 1952-54, 2 vol.
J. M. Castillo, *Símbolos de libertad*. Sigüeme, Salamanca 1981, 204-212.

ACTIVIDADES

A.

1. Lista de cosas que sabes sobre la misa y la comunión.
2. Da tu opinión razonada sobre celebraciones normales a que hayas asistido y también sobre otras especialmente hechas para jóvenes.
3. Lista de grandes pintores que tengan una obra sobre la última cena.

B.

Enumera cuatro formas de designar a la eucaristía y explica su significado preferente. ¿Cuál es el símbolo de la eucaristía? ¿Cuál era la realidad significada para la comunidad primitiva? ¿Cuáles han sido las principales variantes en el rito de la eucaristía? ¿Qué proceso ha seguido la comunión eucarística desde el principio hasta hoy? ¿Qué relación existe entre eucaristía y solidaridad? Enumera algunas normas actuales de la iglesia respecto a la celebración, ministro y sujeto de la eucaristía.

C.

1. Presentar una pequeña redacción con el siguiente tema: una persona venida de un país donde no se conoce el cristianismo te pregunta qué hacen y por qué se reúnen los cristianos el domingo. Tú se lo explicas.
2. Teniendo en cuenta lo que la celebración eucarística quiere significar, cómo crees que haría Jesús hoy esta celebración (lugar, gente, música, gestos simbólicos, etc.).

Selecciona tu contestación y coméntala. Una misa es «más verdadera cuando»:

- el cura predica de forma inteligible;
- los cantos son modernos y bien interpretados;
- la gente participa activamente en la ceremonia;
- los asistentes han tratado de vivir su vida diaria como lo haría Jesús.

D.

J. M. Castillo, *El compromiso cristiano de la eucaristía*: Cuadernos «Noticias Obreras», HOAC (1982).

La eucaristía, memoria de Jesús que convoca a la justicia: «Sal Terrae», n. 798 (1979).

F. Martínez, *La misa, compromiso de la comunidad cristiana*. Centro Berit, Zaragoza 1978.

H. Haag, *De la antigua a la nueva pascua*. Sigüeme, Salamanca 1980.

J. Betz, *La eucaristía, misterio central*, en *Mysterium salutis*, IV/2, 185-308.

H. Küng, *La iglesia*. Herder, Barcelona 1969, 255-270.

«Phase», n. 81.

«Pastoral misionera», n. 13.

La eucaristía: «Communio», 111/85.

Varios, *La eucaristía, símbolo y realidad*. Studium, Madrid 1973.

D. Borobio, *Eucaristía para el pueblo*. DDB, Bilbao 1981.

AUDIOVISUALES

Esto hay que celebrarlo. COE, 60 diap., 16'.

Eucaristía: fiesta de la vida. Paulinas, 80 diap., 33'.

Seis montajes sobre la eucaristía. COE, 72 diap.

¿Son así nuestras eucaristías? Tres Medios, 60 diap. 15'.

La misa. CCS, 43 diap.

Los sacramentos. Paulinas, Vídeo 128'.

Reunidos. Paulinas, 24 diap., 4' 50".

Salmo eucarístico. Paulinas, 24 diap., 5' 6".

Embarcarse. Paulinas, 24 diap., 5' 50".

1. Después de leer 1 Cor 11, 17-34, cada uno, poniéndose en el lugar de san Pablo, escribe una carta similar a los cristianos de hoy.

2. Enterarse de quién y por qué pronunció la frase: «París bien vale una misa». Posteriormente, hacer un comentario comparando los hechos con actitudes actuales.

3. En gran grupo comentamos «las primeras comuniones» (edad, preparación, motivación, celebraciones familiares, etc.).

E.

Distribuidos por grupos, preparamos la celebración de una misa poniéndonos de acuerdo previamente en el tema (amistad, hambre, etc). Unos se encargan de los textos bíblicos (leer, proyectar, representar), otros de gestos simbólicos (de perdón, petición, ofrenda, paz, acción de gracias), otros de cantos, música de fondo o grabaciones a escuchar, y otros de la homilía o testimonios de animación de la fe.

F.

Tomando como modelo los comics de J. L. Cortés en *Un señor como Dios manda* (PPC, Madrid 1984), copiamos en tamaño grande algunos que se refieran a la eucaristía, o sirviéndonos de los mismos personajes construimos nuestras propias escenas.

PARA LA REFLEXION DE FE

A. ¿Vivo mi fe cristiana inseparablemente del compromiso por la justicia social, convencido de que el no hacerlo indica no haber tomado en serio el contenido profundo de la eucaristía?

¿Va reformando la misa mi vida y la de mi grupo de fe?

¿Por qué motivos asisto o participo en la misa (costumbre, deber, necesidad de expresar mi fe, etc.)? ¿Qué decisiones debo adoptar en este punto?

B. ¿Nos limitamos, como grupo, a no hacer mal a nadie?



¿Son nuestras misas verdaderas celebraciones de nuestra entrega a los demás?

Comentamos el siguiente texto de san Agustín:

«Sólo el amor es el que distingue a los hijos de Dios de los hijos del diablo. Ya pueden santiguarse todos; ya pueden responder todos "amén"; ya pueden cantar todos "aleluya"; ya pueden bautizarse todos. En definitiva, sólo por la caridad se distinguen los hijos de Dios de los hijos del diablo. Los que tienen caridad han nacido de Dios; los que no, no han nacido de él. Maravillosa contraseña, maravillosa separación... El que está bautizado, si no tiene caridad, no por eso deja de ser un desertor sin darse cuenta. Que tenga caridad o que renuncie a decir que es hijo de Dios. Se dicen hijos de Dios, pero no lo son. ¿Para qué les sirve el nombre si no existe la realidad? Es lo mismo que llamarse médico y no saber curar, llamarse guardián y dormir toda la noche, decirse cristiano y no amar al prójimo».

C. A la luz de la palabra

Mt 5, 23: Solidarios antes de la celebración.

Mt 7, 21: Hechos, no ceremonias.

Mc 12, 33: Lo primero.

Lc 6, 36: Amar a fondo perdido como y porque Dios lo hace.

Jn 15, 12: Como yo os he amado.

1 Cor 13, 1-13: La mayor es la caridad.

Sant 2, 14-26: La fe muerta.

1 Pe 4, 10: Nuestras cualidades al servicio de todos.

1 Jn 3, 18: No sólo palabras.

1 Jn 4, 11: Dios nos amó de esta manera.

}D. Para la reflexión, la oración y el compromiso

Eucaristía: creemos en el pan

Creemos en el pan, Señor,
y te pedimos: para todos los niños, pan;
para todos los pobres, pan;
para todos los hombres, pan.
Creemos en el pan, Señor,
y te pedimos:
tierra para sembrar el pan,
fuerzas para moler el pan,
manos para amasar el pan,
amor para servir el pan...
Creemos en el pan, Señor,
y te pedimos:
coraje para hacer una paz sabrosa como el pan,
esfuerzo para hacer una justicia cercana como el pan,
libertad para hacer un mundo fraterno como el pan,
ternura para hacer la violencia caliente como el pan.
Creemos en el pan. Señor,
y te pedimos:
danos el pan de tu palabra,
danos el pan de vida,
danos el pan de Dios,
danos tu cuerpo como pan,
parte tú el pan en nuestra mesa
en la pascua gozosa del amor.

Gloria Díaz Navarro, en Creemos.